

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

Sección Oficial

Acta de la sesión privada celebrada el día 3 de Noviembre de 1901

Presidiendo el Sr. Burgada y Juliá y con asistencia de muchos señores socios académicos, reunióse la Academia Calasancia en sesión privada y leída por el infrascrito el acta de la sesión anterior, previa una indicación, sobre la misma, hecha por el Sr. Girbau, fué aprobada por unanimidad.

Dióse cuenta de haber sido propuestos para académicos supernumerarios los Sres. D. Juan Traver, D. José M.^a Febrer y D. José Garrut, y de haber sido admitidos los Sres. Fernández Díaz, Barendiaran, Juliá, Romeu, Cabañas, Montllor y Peris de Xexa.

Anunció la Presidencia que estaban vacantes cinco plazas de académicos de número, recordando las disposiciones reglamentarias para su nombramiento.

También participó á los señores académicos, que se había acordado contestar á la circular del Sr. Cardenal Obispo de la diócesis, pidiendo caridad por los pobres de los pueblos inundados por el Llobregat, contribuyendo con 25 pesetas y excitando á los académicos para que contribuyan á dicho objeto particularmente.

Dió cuenta la presidencia, de haberse acordado ceder á dos pesetas los tomos atrasados de la Revista, para los señores socios que deseen completar su colección, y de haber sido nombrados académicos honorarios, por derecho propio, D. Jaime Trabal y Martorell y por nombramiento D. Carlos Francisco Maymó.

Por último la presidencia puso en conocimiento de la Academia, la visita que la Junta Directiva hizo al Rdo. P. Provincial, quien no sólo agradeció el saludo de la nueva Junta, á la cual distinguió con su buena acogida, sino que concedió para la Biblioteca de la Academia, un tomo titulado: «Discours du Combat,» por Brunetiere y á petición de la misma se acuerda conste en acta el agradecimiento de la Academia Calasancia por este donativo.

Pidió luego la palabra el Sr. Trabal, para agradecer la distinción de que ha sido objeto, así como el Sr. Maymó dando ambos las gracias, á los cuales contesta la Presidencia.

Seguidamente el Sr. Burgada y Juliá dió su anunciada conferencia sobre D. Juan Mañé y Flaquer, como escritor católico.

Empezó manifestando que quería rendir un homenaje á tan ilustre escritor, por su inmensa y heroica labor, que hacen de él una figura simpática y respetable para todos y de su nombre, uno de los más ilustres del periodismo español. Recuerda que nunca perteneció á partido alguno político, á pesar de haberse ocupado constantemente de cuestiones políticas y sociales, que trataba siempre con la norma suprema de la religión, como todos han observado al leer sus dominicales y sus sueltos.

Mañé y Flaquer, dijo; elevó el periodismo español á una altura á que no lo han elevado el carácter y dignidad colectiva del periodismo, á que sacrificó su personalidad, su individualidad. Mañé, en su periódico no es una empresa, sino una cátedra de mucho alcance y de público numeroso, que difunde las ideas, no con efectos habilidosos, sino con esa lógica que atrae que asegura el triunfo.

De aquí que Mañé y Flaquer, siendo periodista y no queriendo ser más que periodista, era más bien un estadista que un simple redactor de periódicos. Elevando la dignidad de la cátedra elevaba la dignidad de los oyentes y hasta llegó á dar consejos á estadistas y reyes y fué estimado por los hombres cultos de todas las naciones.

Sus ideales formaban un conjunto sintético, todas constituían el ideal supremo de la fe en Cristo. Se proponía establecer el reinado social de Jesucristo, pero lo hizo á la moderna, por entender que en España el ideal cristiano tenía su principal salvaguardia en una situación, que conservara lo tradicional, adaptándose á las evoluciones accidentales de los tiempos.

Así sin ser hombre de partido, apoyó á los de orden conservador, pero en su imparcialidad é independencia los fustigaba, cuando por complacencias se apartaban de su misión.

La familia y el principio de autoridad bases del orden social, los defendió siempre con especial empeño en sus escritos político-sociales; la belleza en toda su pureza, base del orden literario y artístico, la defendió con gran energía, siendo á estos estudios más aficionado de lo que se cree.

El Sr. Mañé y Flaquer, poseía una ilustración muy variada. Sin ser un especialista, tenía idea exacta de los esquemas de todas las ciencias y artes y aun que á sus conocimientos y aficiones le era más conocida la literatura y prefería las ciencias sociales que las matemáticas, no desconocía de los demás conocimientos lo necesario para dirigir el periódico.

Hombre apasionado como pocos, el Sr. Mañé y Flaquer, no obstante, logró el equilibrio del hombre imparcial, y pocas veces su pluma se convertía en lanza que hería, y aun así era para causar el menor daño posible y para sanar el mal causado. Únicamente cuando trataba de la masonería, esta secta, que en el secreto urde sus planes y prepara su realización para perturbar traidoramente el orden social, la embestía con el ardor del hombre, apasionado por las ideas de orden é inexorable contra la amenaza que representan los planos masónicos.

En todo disertó el Sr. Mañé y Flaquer como hombre de doctrina, sin jugar en ello su amor propio, y es porque quería ante todo ser independiente, considerando su ideal superior á sus actos. Tanto era independiente, que á raíz de la restauración, refiere el Sr. Cabot y Negrevernís, uno de sus íntimos, se pretendió nombrarle para un alto cargo y no quiso aceptarlo, prefiriendo vivir del modesto sueldo de

periodista, á que se dijera que había defendido la restauración, no por un ideal, sino por su propio beneficio. También se recuerda que doña Isabel II, quiso premiar sus servicios periodísticos con una gran cruz, y habiéndose enterado el Sr. Mañé, de que iba á firmarse la R. O. se apresuró á comunicar á la Reina, que no le pusiese en el caso de tener que darle un desaire y habiendo esto extrañado á la Reina, el Sr. Mañé la convenció de la necesidad de su resolución, diciéndola, recordando su campaña en defensa de las instituciones, «para defender el trono de V. M. necesito estar libre de toda traba, no hay otra mayor que las distinciones. Vuestros adversarios dirían que quiero convertir mi pecho en escaparate de condecoraciones.» Recuérdese que á los pocos días de ocurrir esto, publicó un artículo terrible contra los progresistas y el órgano de estos, que había tenido noticia de que iba á condecorársele, dijo, que ante todo debía reconocerse era agradecido, aludiendo al proyecto de condecorarle, lo que motivó que se diera publicidad á estos hechos y su oportuna renuncia á la gran cruz fuera, su mejor defensa.

Un hecho de sobra conocido, demuestra hasta donde dominaba en él su espíritu de independencia. Formaba el Sr. Mañé y Flaquer parte de la comisión que debía recibir á Alfonso XII. Desde la víspera corrían alarmantes noticias por lo que se refería al orden público, y se pensó en participar al Rey, á su llegada, estos temores; el Sr. Mañé, afirmaba la necesidad de hacerlo, diciendo: «yo quiero al Rey como el que más, he trabajado para que lo sea: soy partidario de que se le comunique todo cuanto se ha dicho de fraguarse un atentado: si se amilane que huya, mejor, no nos conviene; si sale adelante, mejor, todos quedaremos satisfechos.» Llegó el Rey, aceptó el caballo blanco que se le ofreció y al ver que advertido de la posibilidad de que al promediar las Ramblas habría quizás algún tumulto, subió á caballo y dijo: «ya veremos» y espoleó su caballo el Sr. Mañé dijo: «este es el Rey que á España conviene.» Recordó también el Sr. Burgada, que cuando llegó la Reina Regente para visitar la Exposición Universal en 1888, dedicó un suelto de entusiasta admiración y acatamiento. A los dos días, el duque de Sotomayor, invitó al Sr. Mañé y Flaquer á que visitara á la Reina, contestándole éste: «dígame á S. M., que para afianzar mi adhesión no necesito disfrutar la honra que se me ofrece, esto aparte de que sería en detrimento de mi salud y de las tareas que tengo encomendadas.» Pero habiendo insistido la Reina, en que concurriese á su alojamiento, sin complimentar etiqueta alguna, el Sr. Mañé aceptó hacerle una simple visita de cortesía, durante la cual permaneció cubierto y arropado en la forma con que era costumbre verle, para evitar recrudecieran los achaques de su quebrada salud.

Nada decimos de sus artículos, de todos leídos; el titulado «Pastor y Víctima,» en que con tanto celo defendió la honra de un ilustre obispo, cuya muerte aun llora nuestra diócesis, es un ejemplo del equilibrio que guardaba el Sr. Mañé en sus escritos, sobreponiéndose á toda pasión, pues este artículo es la defensa de quien en otro tiempo sostuvo con él una polémica entonada, tanto, que se negó á continuarla, por las invectivas que se le dirigían y no obstante es el señor Mañé, el que escribe, ya tenemos designado prelado, hemos de amarle, quererle, reverenciarle y defenderle.

También recuerda su artículo «Mi vuelta al mundo,» publicado en

1885 en que el Sr. Mañé y Flaquer, expone sus impresiones después de una gravísima enfermedad, y allí puede apreciarse al hombre profundamente cristiano. Escritor católico, sin desechar lo aceptable de nuestros tiempos, conocía el carácter cosmopolita de nuestra época. Trataba del feminismo y conducía su tema hasta exponer la influencia de la mujer en la sociedad, ridiculizaba las aspiraciones y ponía de relieve la misión de la doctrina cristiana en la familia y la sociedad. Trataba de higiene y al comentar sus preceptos y relatar sus observaciones, exponía si á mano viene el fundamento de los mandamientos de la ley de Dios.

Concluye el Sr. Burgada, afirmando, que la última lección nos la dió con su muerte. Al Rdo. Gatell, su profesor, le dijo, «que todo estaba consumado, he hecho durante mi vida lo que he podido, V. sabe lo que debo hacer, á V. me entrego,» y durante aquellos dos ó tres días en que pareció se salvaba, cuidó de preparar su alma para el trance supremo. Murió el Sr. Mañé y en su féretro no había coronas, dejando un saludable ejemplo personal de modestia, que el disertante manifiesta ha procurado poner de relieve porque no abundan los hombres que con integridad y constancia defienden el ideal cristiano. Por último propone se acuerden conste en acta el sentimiento causado por su muerte, y si así lo han hecho el Ayuntamiento Constitucional y la Diputación Provincial considerándolo nada más que como gloria catalana, nosotros debemos acordarlo con mayor motivo por ser una gloria del periodismo católico.

Así se acuerda por unanimidad y se levantó la sesión, anunciándose para el próximo día 17 de los corrientes sesión privada, en que el académico D. Pelayo Martorell, disertará sobre los «Problemas contemporáneos de las ciencias naturales.»

Barcelona 3 de Noviembre de 1901.

El Secretario,

A. SOLÁ Y LLENAS.

El próximo domingo, día 24, celebrará la Academia Calasancia la sesión pública inaugural del presente curso, para cuyo acto habrá en la Secretaría invitaciones desde el día 20.

El domingo, día 1.º de Diciembre, tendrá lugar la primera sesión privada de este mes, discutiéndose en ella el tema desarrollado por el Sr. Martorell, haciendo uso de la palabra los Sres. Culilla, Parés y Battalla y demás académicos que desean terciar en el debate.

Lo que se avisa para que los académicos asistan á dichos actos.

Barcelona 19 de Noviembre de 1901.

El Presidente,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,

A. SOLÁ Y LLENAS.

FIESTA CATÓLICO-OBRAERA

A la hermosa manifestación de catolicismo realizada por las Asociaciones Católicas de este Obispado el día 20 de Octubre y descrita en el número anterior, siguió la brillante sesión literaria musical que en honor de nuestro amado y sabio obispo Emmo. Cardenal Casañas celebróse el día 3 de Noviembre en el grandioso local del Patronato del Obrero de San José.

Si aquel acto fué en extremo edificante y de grandes esperanzas pues significaba la unión y fraternidad de asociaciones hermanas, nacidas en el mismo jardín, regadas por la misma benéfica lluvia, cultivadas para el mismo objeto, este fué consolador, fué de aquellos sucesos que difícilmente se borran de la memoria y más cuando contrastan con otros que entristecen el alma y apesadumbran el corazón.

El obrero, ese hijo del trabajo que con el trabajo vive y por el trabajo se dignifica, el obrero, ese hombre predilecto de Dios, más digno de atención que los otros por la carencia de medios de que dispone ha servido en nuestra capital de piedra de escándalo, ha sido instrumento de hombres perversos y criminales, de revolucionarios sempiternos, de enemigos de todo orden y por esto cuando en la misma ciudad que ha visto congregarse obreros para asistir á actos injuriosos y atentatorios contra los más sagrados principios, á ciencia y paciencia de las autoridades, por esto, repetimos, es edificante, es consolador, produce gratísima impresión contemplar, como lo hicimos, á más de cuatro mil obreros, fervientes católicos, honrados hijos del trabajo ansiosos de aprender lo bueno y de escuchar saludables enseñanzas.

El acto realizado en el Patronato dejará indelebles huellas, vivirá mucho tiempo en el ánimo de todos, producirá ópimos frutos... por esto nos felicitamos se haya realizado, por esto anhelamos poder anunciar pronto otro, pues hacen falta para contrarrestar las asechanzas y los propósitos de la iniquidad.

*
*
*

Ya lo hemos dicho más de cuatro mil obreros ocupaban el anchuroso salón del Patronato que resultaba incapaz para contener tantas personas, presididas por S. E. el Cardenal Obispo, acompañado de los canónigos Dres. Ribera, Almera, Noet y Casañas, de nuestro expresidente Sr. Trabal, en representación del Alcalde de Barcelona y de los Sres. Pascual de Bofarull (D. Manuel y D. Policarpo), barón de Satrustegui, marqueses de Dou y Casa Juliá, Donadiu, Boada, Cabot, Burgada, Parpal, Pujó, Doménech, Nogués, Pareja, Llorens, Cabot, Martorell, Soler, Montagut, Rdo. Dr. Valls y Rissech, P. Luis Falguera, escolapio, Pomés, Biada, Comas, Cabañas y otros representantes de las Asociaciones católicas cuya lista publicamos en el anterior número, estando como delegados de la ACADEMIA CALASANCIA, D. Juan Burgada y Juliá presidente, y D. Cosme Parpal y Marqués, vicepresidente.

Abierta la sesión, el secretario Sr. Doménech leyó la numerosa lista de sociedades adheridas, tocando la banda Salesiana con sumo acierto la pieza musical de Felippa, *Festa di Città*, leyendo lue-

go el vicepresidente del Centro Católico de Santa Mariona, D. Jaime Boloix, su inspirada y vigorosa poesía *Crits d' alerta*, cada una de cuyas estrofas fué recibida con aplausos y espontáneas manifestaciones de entusiasmo.

El coro del Centro Moral é Instructivo de Gracia interpretó una linda canción, y al terminar ocupó la tribuna el distinguido letrado D. Cayetano Pareja, presidente de dicho Centro.



Comenzó manifestando que el mejor tema para su oración se lo daba el acto que se estaba celebrando de adhesión y respeto á nuestro Obispo, puesto que mejor que á ningún otro podían llamarlo así los obreros, por ser hijo de la familia democrática cristiana, ejemplo para todos y el mejor testimonio de que con el talento y la virtud, únicos blasones que reconoce la iglesia, se pueden alcanzar los más elevados puestos.

Es esta fiesta, dijo, fiesta de la familia democrática barcelonesa, llena de indecible gozo, al rodear á su amado Pastor, aunque turbado por la triste experiencia de faltar á la sociedad católica y apoyo de los gobernantes; fiesta de paz y unión, como la aconseja la hermosa Pastoral de entrada de S. E., celebrada por nosotros y censurada por la prensa impía.

La Iglesia, siguió diciendo, vive perseguida en España, y si al discutirse hace 25 años la Constitución vigente millares de católicos enviaron alocuciones á las Cortes para que no se borrara de ella la unidad católica, jamás se supuso fuese la Religión tan maltratada por los gobernantes, hasta el punto de ser toleradas y permitidas todas las manifestaciones públicas, menos las de la Religión del Estado, haciendo buena la frase de que no hay peores enemigos de la libertad, que los que la invocan.

Hizo notar el elocuente orador la eficacia de las Asociaciones católicas para el bien individual y colectivo, encomiando la necesidad de unirse todos los católicos. Abogó para que en el orden religioso se imite á lo que hacen algunos elementos que deponen toda mira personal y política para lograr sus fines y esto debemos hacerlo los católicos anteponiendo á todo ideal de partido ó conveniencia, el supremo ideal de la Religión.

Señaló como uno de los medios prácticos para unir á las asociaciones católicas la fundación de una revista órgano oficial de todas ellas, en la cual se combata enérgicamente á la masonería y á su prensa, formidable enemigo de la Religión.

Leyó un párrafo de la pastoral del doctor Casañas, en el cual se excita á los católicos á acudir á los comicios, y así lo haremos, eminentísimo señor, añadió; unidos y compactos iremos á hacer uso más que de un derecho de un deber, votando á quienes defiendan nuestros intereses que son los de la iglesia.»

El discurso del señor Pareja, interrumpido varias veces por aplausos y muestras de aprobación fué coronado con iguales manifestaciones».

Leyó después el señor Artigas, de la Pía Unión de San Miguel, la poesía «Himne de Fe», del insigne poeta Verdaguer, cantando el coro de dicha sociedad el «Himne á Recaredo».

Don José M.^a Montagut leyó un erudito y notable discurso, ocupándose de la cuestión social según el criterio católico, el más perfecto de los que se conocen y que tan admirablemente ha resumido León XIII, llamado con razón *el Papa de los obreros*.

Presentó al obrero en la sociedad pagana anterior á Cristo y la dignificación de aquél por Este. Ensalzó la constitución gremial de la Edad Media, destruída por la Revolución, y se ocupó después de los principales puntos del actual problema obrero.

Expuso el concepto del jornal que debía ser bastante para que el obrero pudiese atender sus necesidades; mostróse partidario de la participación de éste en los beneficios, la creación de hermandades y sobre todo la de cooperativas para abaratar al obrero los alimentos.

De pie los asistentes, el cardenal Casañas dirigió su autorizada palabra al auditorio, empezando por manifestar cuán grata le había sido aquella fiesta y cuanto consuelo experimentaba al ver congregada tanta concurrencia de obreros. Felicitó á los organizadores del acto y á los que están al frente de las asociaciones y patronatos obreros, de los cuales espera mucho la Iglesia y la sociedad en general.

Dirigiéndose á los obreros con palabras de persuasión, les exhortó á que no se dejaran engañar por halagadoras promesas de quienes pretenden explotarlos y hacerlos servir de instrumento á sus miras particulares; á que no se fiasen de los que quieren apartarlos de las enseñanzas de Cristo.

Presentó al Papa como defensor de los obreros, sintiendo que la falta de tiempo no le permitiera hacer algunas consideraciones sobre la hermosa Encíclica de S. S. *Rerum novarum*, pero anunció la publicación de una Pastoral dirigida á los trabajadores é inspirada en las enseñanzas que del Vaticano emanan. Afirmó que era propio de la naturaleza humana la desigualdad y existencia de ricos y pobres, para ayudar aquéllos á éstos y ampararlos, mientras los obreros deben cumplir sus deberes sin violentar á los patronos, pues tal procedimiento revolucionario es injusto y reprobable.

La Iglesia quiere, añadió S. E., la completa armonía entre el capital y el trabajo, y dice al rico que quiera al pobre y al obrero, hijos predilectos de Cristo, cuando cumplen con sus deberes, cuya vida es modelo de vida de trabajo. Mirad á Cristo, que quiso ser obrero: seguid su ejemplo.

Con el rezo de algunas oraciones y la bendición apostólica que dió el cardenal terminó el acto, bajando S. E. de la presidencia, mientras la banda ejecutaba la marcha real y los obreros lo rodeaban prorrumpiendo en vivas á S. E., á la Religión y á España católica, costando mucho trabajo al doctor Casañas abrirse paso entre aquella multitud, ansiosa de besar su anillo y que le acompañó hasta su carruaje entre aplausos y vivas.

NAVEGACIÓN AÉREA

Se ha hablado tanto de este asunto de algún tiempo á esta parte, con motivo de las tentativas del brasileño Santos Dumont, que dejando aparte algunas ocupaciones bastante precisas, he decidido tomar la pluma y, uniéndome al corro de los desocupados, decir algo sobre tema tan

simpático cual es hablar de los triunfos que consagra el dios Exito. No cabe duda: Santos Dumont ha vencido y su recompensa ha sido el cariño y la estimación de todos, el aura popular que rodea su nombre, y la obtención, en buena lid, del premio Deutsch, cuyo importe ha empleado de un modo tan simpático, que ha hecho aumentar dos ó tres veces más el respeto que ya se merecía por sus trabajos y por su tesón inquebrantable.

Santos Dumont ha vencido y nos ha dado un globo dirigible, pero ¿han de ser los globos el medio de que habrá de valerse la humanidad para hacer práctica la navegación aérea? Creo que no. Su volumen considerable será siempre grave obstáculo para su fácil manejo. Podrán por su medio obtenerse brillantísimos triunfos parciales, pero no darán á la humanidad el *dominio práctico é industrial* de los aires. No creo en la futura existencia de compañías que exploten la navegación aérea por medio de globos, de un modo análogo á las compañías que explotan la navegación marítima ó fluvial por medio de vapores.

Pues entonces, dirá el lector, ¿no será nunca práctica la navegación aérea? Ciertamente lo será, y será explotada y constituirá un medio de locomoción precioso, pero á condición de sustituir el globo por el aeroplano. No es un sueño, es simplemente el polo opuesto del Mongolfier: es la aplicación de un principio diametralmente opuesto. El globo, en su conjunto (accesorios, viajeros, etc.), pesa menos que el aire, y por esto se eleva: el aeroplano pesa más, y por lo tanto exige fuerza mecánica para elevarse; en cambio, el globo presenta muy pequeña masa por unidad de volumen, y esto dificulta dirigirlo, mientras que el aeroplano tiene por unidad de volumen una masa mucho mayor, y esto facilita dirigirlo aún en circunstancias desfavorables. Si quiero tocar un objeto con una bola de papel que le dirija, bastará que un amigo sople para desviar mi *proyectil*, pero si la bola no es de papel, sino de vidrio ó de plomo, se necesitará algo más que un débil soplo para desviarla. Ahí está indicada la influencia de la masa por unidad de volumen total.

¿Y qué es un aeroplano? Pues sencillamente, *una cometa*. Se sostiene en el aire, y no sólo puede soportar su peso propio, el de la *cola* y del hilo, sino que el chiquillo que sostiene este último nota un esfuerzo de tracción, de cuya existencia muchas veces pueden dar fe sus manos en las

que deja dolorosas huellas el cordel. Ahora bien: suprimid la *cola* y el *hilo*, unid á la cometa un motor de suficiente potencia relativamente al peso, añadid camarotes y toda clase de comodidades para los pasajeros, haced variable á voluntad la inclinación de la *cometa* con relación al plano horizontal, y ya tenéis un aeroplano. Paréceme que no es un problema del otro mundo, por más que sea difícil resolverlo acertadamente; no obstante, todo se andará.

Quizás alguno dirá que cuando no sopla el viento es imposible elevar la cometa. Cierto es esto, pero también lo es que para el aeroplano soplará siempre: lo mismo da que el viento se dirija á la cometa con una velocidad tal ó cual, ó que el aeroplano *navegue* á una velocidad determinada: el movimiento relativo será el mismo en ambos casos, y por esto digo que para el aeroplano provisto de un motor de suficiente potencia, el viento soplará siempre.

Volviendo ahora á Santos Dumont, es preciso confesar que su trabajo y su tesón han sido admirables; no le han descorazado los obstáculos y ha llegado á la meta que se había propuesto. Es, por lo tanto, un ejemplo viviente que deberíamos procurar imitar todos, cada uno en su respectiva esfera. La constancia es la que da mérito á los grandes inventos, no la casualidad. Los trabajos de este hombre incansable han puesto nuevamente sobre el tapete el problema de la navegación aérea, y por esto he querido decir algo sobre la misma. La sustitución del globo por el aeroplano no es un simple producto de la fantasía: gran parte de los autores que se han ocupado de aerostación, sólo al aeroplano conceden virtualidad suficiente para sortear y vencer todos los obstáculos. Sea que el aire se mueva, ó bien sea que se mueva el aparato, el movimiento relativo es el mismo en definitiva; resulta en todo caso como si una corriente de aire chocara contra el plano que recibe su acción, y luego resbala en contacto con el mismo. El problema numérico que aquí se presenta es de resolución sencillísima, y no hay necesidad de detallarlo, porque realmente bastan las más elementales nociones de mecánica para determinar el peso que podrá levantar un aeroplano conociendo su superficie, su velocidad y el ángulo que forma con el plano horizontal.

Es posible que ni mis lectores ni yo podamos verlo, pero tengo la seguridad de que la aerostación será un hecho. Lo sería ya si fuera posible disponer de un motor de

fuerza suficiente por unidad de peso, pero lo que ahora no se posee, se tendrá más tarde. pues todo progresa, evoluciona y se transforma con increíble rapidez.

Será la navegación aérea de una trascendencia inmensa, aumentada por el hecho de que si pueden en algunos casos los aeroplanos servir de elemento de destrucción en las guerras, nunca podrán ser tan dispendiosos como los actuales, porque el aire no puede tolerar las grandes masas que representan los acorazados y cruceros protegidos. Lo cual siempre es un consuelo, aunque relativo: por lo menos las flotas aéreas serán más baratas que las marítimas, y podrán fácilmente destruir á éstas últimas.

Un peligro ofrece la navegación aérea, y no quiero pasarlo por alto. En la actualidad, si de á bordo de un buque cae un hombre al mar, dáse la voz de *¡hombre al agua!* y se hace todo lo posible para salvarle. Cabos por un lado, botes por otro, alto la máquina, etc., etc. Nada de esto cabrá en los aeroplanos: si un hombre *comete la indiscreción ó imprudencia* de caerse, el capitán se limitará á decir con voz solemne y grave: *¡Hombre al aire! Recemos un Padrenuestro por su alma....*

Porque, la verdad, el salto será morrocotudo.

JOSÉ GIRBAU.

Barcelona 13 de Noviembre de 1901.

¿SHAKESPEARE FUÉ CATOLICO?

Pocas épocas registran los anales de las naciones tan calamitosas como el reinado de Isabel I de Inglaterra, que no pudo hallar, no ya un apologista, sino un defensor tan solo entre la pléyade de sus historiadores. En efecto, ningún autor protestante se ha atrevido todavía á emprender la defensa de aquella mujer sanguinaria y cruel, obstinada y soberbia, que mereció con harta justicia el dictado de «Nerón hembra» que le aplicó la posteridad. Por el terror y la suspicacia afianzó su Trono, y por las dádivas y halagos procuró atraer á las almas de temple valeroso que no quisieron doblegarse ante sus amenazas.

Al considerar cuán difícil había de ser en una Corte tan corrompida profesar la religión católica, no solamente con las prácticas del culto externo, sino de un modo tan osten-

sible como lo hizo el coloso del arte dramático Guillermo Shakespeare en la mayor parte de sus producciones, no sabemos si admirar más el valor heroico de tal profesión, ó la providencial coincidencia de que tan audaz temeridad, según la prudencia mundana, no hubiese recibido á tiempo el más duro de sus correctivos de parte de la irascible Soberana.

Que Shakespeare fué católico á macha martillo en sus obras, lo saben demasiado los que las conozcan al dedillo; que el catolicismo del autor de *Macbeth* y *Othello* sea cosa probada y evidente, es lo que hasta hoy ha sido tema de reñida controversia entre escritores protestantes y católicos. Interesante como pocas es esta contienda y cúmplesnos manifestar que, gracias á las más recientes investigaciones histórico-críticas, hoy puede darse el litigio por terminado y gloriarse la Santa Iglesia Romana de contar á Shakespeare entre sus fieles hijos.

Entre el laberinto de autores que han tratado esta interesante cuestión descuellan por la imparcialidad con que intervinieron en la misma los trabajos de M. Simpson en su *The Rambler*, publicado en Londres en 1858, el *Shakespeare Catholique* de M. Rio, impreso en París en 1864, *Essai sur-la vie et œuvres de Shakespeare*, de M. Guizot, dado luz en la misma capital en 1821, y, finalmente, *La religion de Shakespeare*, debida á M. Charles Barthelmy con fecha de 1879. De la atenta lectura de esas obras se desprende que el gran dramaturgo vivió y murió en el seno de la Iglesia Católica, y que, preciando más su fe que el cetro del arte dramático, tan justamente por él conquistado, sufrió acerbas persecuciones y contrariedades por no abjurar esta Religión que fué el alma de sus geniales obras y á cuya apostasía le brindaba el gobierno de Isabel de Inglaterra, ora con amenazas, ora con tentadores ofrecimientos.

Todos reconocemos que un hombre de gran talento es más útil para afianzar una causa política ó religiosa que centenares de bayonetas ó una escuadra formidable. Por ello estorbaba no poco á los protestantes la influencia inmensa del talento de Shakespeare; pero éste, convencido de que el hombre vale tanto como lo que cree, y que si no cree nada, nada vale, determinó hacer de su pluma una arma de apostolado tan temible y eficaz, que no han bastado tres siglos y medio á embotar sus filos. Porque preciso es conocer el estado de agitación en que vivía la socie-

dad inglesa en Londres, hacia la segunda mitad del siglo XVI, para hacerse cargo de la emoción que había de provocar entre católicos y protestantes la conducta de un hombre de la talla de Shakespeare, joven entonces de 25 á 30 años, que osaba salpicar la escena del primer teatro de la capital con las alusiones más picantes y las sátiras más descarnadas contra los entonces omnipotentes implantadores de la Reforma. Con el ridículo y la diatriba mordaz hundía á los perseguidores; con la unción cristiana y la restauración de los ideales caballerescos y dignos, alentaba á los perseguidos. Fué el teatro para Shakespeare tribunal de implacable justicia en que recibieron su merecido el ciego fanatismo sectario de unos y la abnegación heroica de otros. Veámoslo.

Asombra primeramente que tuviese valor para hacer en su *Enrique VIII* la apología de la infortunada Catalina de Aragón, del modo brillante que constituye una de las mejores defensas de aquella víctima del lascivo y despótico fundador del anglicanismo: y esto delante de Isabel, enemiga la más encarnizada de la memoria de la reina mártir. En su *Pericles* acomete más de frente la empresa y en el monólogo que empieza: *Kings are earths' Gods* (1), retrata con pluma de Juvenal la crueldad de la hiena entronizada. Y de tal suerte en este drama ensalza á los católicos y pone en la picota á los pseudo-reformadores que entonces reducían, como ahora, su acción á robar bienes eclesiásticos, que el Rey Enrique VIII y su hija aparecen tan gráficamente diseñados en la escena y con tal propiedad los aduladores que les ayudaban en su obra sanguinaria, que los oyentes reconocían á todos los hombres políticos de entonces aun bajo el símbolo de los personajes de la antigüedad.

Shakespeare se distinguió siempre por su gran respeto y consideración á los Religiosos y sacerdotes católicos. El Fray Lorenzo de *Romeo y Julieta*, el ermitaño de Ardenes de *Como usted guste* y otros muchos, muestran la particular estima y veneración que sentía por los ministros del Señor. En el *Timón de Atenas* hace el elogio de los sacerdotes católicos abiertamente y sin restricción ninguna, contrastando con tal conducta la sátira desapiadada con que en las *Comadres de Windsor* zahiere al pastor protes-

(1) Los reyes son los dioses de la tierra.

tante Hugo Ewans, verdadera caricatura trazada con tanta verdad como saña. La escena de la lección de latín y aquella en que el cura anglicano acompaña la turbamulta de chamuscadores de Falstaff no dejan lugar á duda ninguna acerca de la ortodoxia de Shakespeare. Quien tiene pasajes tan sublimes como aquellos en que recomienda con tanta eficacia la confesión, la contrición y la penitencia en el *Hamlet*, el respeto á los textos de las Sagradas Escrituras en el *Mercader de Venecia* y la resignación más cristiana en el *Rey de Lear*, ni pudo ser jamás impio ni hacer causa común con sectarios tan rastrosos como los sayones de Cottam, Campiano y María Stuart. En una palabra: quien dice en su *Ricardo II: I'll give my gewels for a set of beads* (1) muestra un valor muy hermano del heroísmo de estos mártires.

M. Guizot nos dice que el padre de Guillermo (Juan Shakespeare) era católico y este testimonio es de valía singular por venir de un autor protestante. Cita en corroboración de su aserto un documento hallado en Stratford, en casa del mismo, en donde al pie de los artículos de la fe católica romana, sigue la firma: *Yo John Shakespeare, creo y confieso*. No menos valor tiene la declaración de un pastor protestante, sir Ricard Dawies, casi coetáneo del autor, quien dice que Shakespeare *he died a papist*, murió papista, y todos sabemos como se entendía tal denominación en los siglos XVI y XVII. Mas adelante va todavía mister Sygnoens, catedrático de Helsingfors, al pronunciar ante aquella Universidad un discurso en la ceremonia solemne del aniversario del nacimiento del gran dramaturgo, consignando que «aunque con ello tengan que sufrir un desencanto los luteranos admiradores del genio del autor de *Hamlet*, éste era sinceramente católico.» No hay por qué decir que mister Sygnoens fué un protestante empedernido, y por esto su declaración tiene un valor de que carecería en labios de un autor católico.

Pero para nosotros la prueba concluyente del catolicismo de Shakespeare está en su testamento original descubierto hace pocos años por el infatigable crítico M. de Rongemont en la misma casa donde murió aquél. Este testamento, inédito hasta la fecha, y del que los protestantes no han impugnado las copias de los párrafos más importantes, ni negado

(1) Daré mis joyas á cambio de un rosario.

su autenticidad á pesar de la cuenta que ello podía tenerles, empieza así:—«En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, de la Bienaventurada Virgen María Madre de Dios, de los arcángeles, ángeles, patriarcas, profetas, evangelistas, apóstoles y mártires, de toda la corte celestial y de mi ángel custodio; yo, Guillermo Shakespeare, indigno miembro de la Santa Religión *católica, apostólica y romana*, etc...»

Creemos huelgan ya más pruebas para poder regocijarnos adscribiendo á nuestra Religión una de las glorias literarias más legítimas y perennes.

ARTURO MASRIERA.

WAGNER Y SU REFORMA

I

Antes de poder ver su reforma completamente aceptada por el mundo musical, Ricardo Wagner ha debido recorrer el Via-Crucis reservado á casi todos los inventores que, en el transcurso de los siglos, han enriquecido y aumentado las ramas del saber humano.

Al par de ellos, el ilustre músico alemán fué tildado de loco y de insensato, viéndose juzgado por personas que carecían de la debida autoridad é ignoraban además en qué consistía la reforma wagneriana.

El apasionamiento es una consejera muy propia para las injusticias y capaz para hacer emitir á los técnicos juicios erróneos.

Así sólo se comprende que Maillart, el autor *des Dragons de Villers*, exclamase después de una audición de *Il Vascello Fantasma*: «Esta partitura convida al sueño, pero es tan ruidosa que no llega á cumplir su misión.»

Wagner no se presentó como un reformador en absoluto de la música en general, pues su reforma debía aplicarse únicamente á las producciones teatrales.

Deseaba fuesen los teatros, genuinos templos de las Bellas Artes, y no locales destinados exclusivamente al arte de Orfeo.

Y para ello era necesario colocar la poesía al mismo rango de la música y sacarla de la posición modesta que ocupaba.

Quería aplicar igualmente esta reforma á la escenografía y demás ramos de las artes que contribuyen á la formación

de un espectáculo lírico. Debe confesarse que estas artes auxiliares estaban muy descuidadas.

Muchos compositores se preocupaban medianamente de los argumentos ideados por poetas más ó menos reñidos con las musas, bastándoles media docena de versos para escribir un número musical que duraba media hora. Tuvímos ocasión de recordar hace poco la opinión del músico francés Rameau, quien declaraba no tendría inconveniente alguno en escribir una partitura, aprovechando el texto de *La Gaceta Oficial de Holanda*.

Gluck, el gran reformador de la ópera durante el siglo XVIII, el autor de varias obras maestras, injustamente enterradas en los archivos musicales, cayó algunas veces en este renuncio. Recordamos ahora el aria de la contralto en el cuarto acto de *Orfeo*, cuya primera estrofa dice:

*«J'ai perdu mon Eurydice,
rien n'égale mon malheur»*

y la misma melodía sirve para la segunda:

*J'ai trouvé mon Eurydice,
rien n'égale mon bonheur,*

ó sea dos sentimientos totalmente opuestos, la alegría y la tristeza, que debe hacer resaltar el talento del ejecutante, y desgraciadamente no abundan los cantantes dotados de una escuela apropiada para interpretar la hermosa música del maestro de la Reina María Antonieta, como tuvimos ocasión de notarlo cuando la reproducción en el Liceo de la hermosa y apropiada música de la ópera *Hifigenia en Aulide*, y el desastre fué aun mayor, cuando se cantó *Alceste*, en el hoy día derribado Teatro Lírico.

Gluck, ha sido uno de los autores clásicos que más se han preocupado de hermanar la música con la poesía y una de las principales tendencias de la reforma wagneriana consistía en aplicar absolutamente este sistema. Por eso Wagner creó el *leit motiv* deseando que la melodía expresara con la mayor fidelidad posible el *estado de ánimo* de sus personajes.

Hoy día el triunfo del poeta músico es completo y resulta verdad la siguiente frase escrita muchos años atrás por un reputado crítico: *No he sido nunca wagnerista, no lo soy aun, pero confieso que nada igual se ha dado en el mundo del arte, hasta nuestros días, comparable al Anillo del Nibelungo.*

La mayoría de los dilettanti que aun no admiten la escuela wagneriana por el motivo de que se va al teatro á solazarse y

no á filosofar, y otros que sería prolijo citar aquí, se ven obligados á inclinarse ante la grandiosidad de la trilogía del maestro de Bayreuth.

Diffícil sería pronosticar si el triunfo de Wagner hubiera sido tan completo, pese al apoyo prestado desde la primera hora por Liszt, Hans de Bulow y otros afamados artistas, á no haber existido aquel loco sublime, llamado en vida Luis II, rey de Baviera, que tuvo la ocurrencia de abandonar esta vida mortal, vestido de *Lohengrin*, su personaje favorito.

Gracias á su regio protector, pudo hacerse construir el maestro el teatro modelo de Bayreuth, pudiendo asistir en vida al famoso estreno de *Parsifal*, el 15 de Agosto de 1880, brillante apoteosis que coronó dignamente su carrera.

Parece que actualmente ha desaparecido en parte la escrupulosidad que dominaba en el teatro-modelo de Bayreuth mientras lo dirigió Ricardo Wagner, según han manifestado varios críticos imparciales. Nosotros nos limitaremos á recordar la *mise en scène* de *La Walkyria*, cuando fué estrenada en el Teatro de la Opera de París, resultando de las inevitables comparaciones que era más apropiada y suntuosa, pudiendo decirse que no dejaba casi nada que desear, una vez atenuada la impresión de espanto originada por la intensidad del fuego en la escena del encantamiento, final del drama.

El efecto musical de algunas grandiosas escenas de la trilogía de Wagner desaparece casi por completo; si la maquinaria no *colabora* artísticamente al desarrollo de la ficción dramática, produciendo entonces una sensación negativa en el ánimo del espectador, ya que una situación sublime puede fácilmente convertirse en un episodio de sainete; y el final de *El Ocaso de los dioses*, (hay quien emplea también la palabra Crepúsculo. No viene al caso averiguar aquí quien tiene razón y titúlese *Ocaso* ó *Crepúsculo de los dioses*, el calificativo no quita mérito alguno á la última jornada del *Anillo del Nibelungo*) aquilata los méritos de un buen director de escena y de un concienzudo jefe de maquinaria.

Las mismas dificultades que ofrece el *traducir* á la vida real escénica el desenlace de la trilogía nos han servido de paliativo para disimular las deficiencias notadas en un escenario como el del Gran Teatro del Liceo, que dista mucho de ofrecer los adelantos de maquinaria empleados en otros teatros extranjeros, quizás de menos abolengo; hoy día todas las ciencias adelantan, pero aquí continuamos, en lo que se

refiere á las óperas de gran espectáculo, sin franquear las dificultades vencidas de *Aida*, y si no dígalo la presentación escénica del *Encantamiento del fuego*, digna para servir de entretenimiento á los niños que distraen su infantil imaginación durante las verbenas de San Juan y de San Pedro, pues nadie podría imaginarse que se tratara de reproducir ante los ojos del espectador una escena en la que intervienen el Júpiter del Olimpo escandinavo y su hija predilecta.

Aun es más ridículo el efecto de *La Cabalgata de las Walkyrias*, producido por medio del Cinematógrafo, todo lo perfeccionado que se quiera, pero demasiado infantil, tratándose de la Trilogía de Wagner.

Se reproduce esta escena, una de las más teatrales del reformador alemán: en Bayreuth, por medio de una artística combinación de espejos, y en el Gran Teatro de la Opera de París, acudiendo al socorrido sistema de las montañas rusas.

Basta una distracción del empleado del Cinematógrafo para hacer *cabalgar* á una Walkyria que está ya cantando en el escenario, como sucedió en nuestro primer teatro lírico siendo empresario el maestro Vehils.

Difícilmente descubriremos á una soprano con bastante valor *cívico* para montar á caballo, y lanzarse con él en medio del fuego.

Nos hemos extendido quizás demasiado—si bien aun podríamos llenar varias cuartillas, sin apartarnos del asunto—con el objeto de hacer resaltar la conveniencia de llevar al extremo la minuciosidad en la presentación escénica, por tener la raza meridional el sentido plástico mucho más desarrollado que los alemanes, marcadamente devotos del arte y músicos por temperamento y por tradición. Estas cualidades les vedan apreciar la pequeña diferencia que separa lo ridículo de lo sublime.

Una audición teatral se convierte para ellos en un sacerdocio, mientras los latinos anhelan encontrar en la misma una distracción.

Los *germánicos* demuestran un carácter infantil en materia de arte; habrá quizás al sentar este aserto cierta exageración, tratándose de generalizarlo, si bien no faltan numerosas excepciones que vienen á confirmar esta opinión.

Asistiendo años atrás un reputado crítico barcelonés á una representación de *Sigfrido*, en el Teatro de Munich, pudo observar que su vecino, notando que nuestro crítico prestaba mayor atención á la lectura del *libretto* que á lo que pasaba

en las tablas, inició un tacto de codos muy significativo, exclamando al salir Fafner, convertido en monstruo: Caballero, he ahí el Dragon. Y el tal Dragon distaba mucho de ser tan perfeccionado como el que nos presentó el bajo Palazzi en el Liceo.

Este nuestro respetable amigo, anti-wagnerista convencido, nos hizo resaltar la coincidencia de que obras clásicas como: *Fidelio* de Beethoven, *Il flauto mágico* y *Don Giovanni* de Mozart, *Der Freischutz* de Carlos María Weber, estaban presentadas con un refinamiento artístico y un entusiasmo tal como no lo había notado durante las representaciones wagnerianas en la capital bávara.

Háse inaugurado recientemente en Munich un teatro modelo, destinado á hacer la competencia á la Meca wagneriana y despojado, según parece, del carácter que le imprimió el maestro, al inaugurarse el 13 de Agosto de 1876, con el prólogo de la Trilogía *El Oro del Rhin*.

Mucho podríamos aun discurrir sobre el particular, pero las dimensiones que van tomando estos apuntes, legimitados únicamente por la sinceridad con la cual han sido redactados, nos obligará á ocuparnos en el siguiente artículo, del *Anillo del Nibelungo*, reservando nuestro imparcial entusiasmo—pues somos partidarios de todas las escuelas de reconocido mérito y de las obras de todos los compositores cuya fama ha sido sancionada por la posteridad, *Vox populi*—para mejor ocasión.

JUAN PIERS.

CURAR SANGRANDO

La medicina moderna casi ha abandonado el antiguo sistema de las sangrías, y en vez de esto procura robustecer el organismo del paciente. Dejando á la apreciación de cada cual la exactitud de la comparación que se ha hecho de la sociedad con el organismo humano, venimos á hacer algunas observaciones sobre las guerras internacionales, las conquistas y revoluciones para ver si puede curarse sangrando á la sociedad.

Va tomando pie cada día más la idea de abolir la guerra como medio de resolver los conflictos que surgen entre los Estados, pues resulta incompatible con la moderna civiliza-

ción y con las relaciones mercantiles y fuera de desear que tomaran mayor incremento los tribunales de arbitraje y que se consolidarán los organismos internacionales sin necesidad de abrigar la utópica idea del estado universal.

Las tendencias ambiciosas difícilmente podrán nunca deterrarse ni de los pueblos ni de los individuos pero sí que tomarán rumbos distintos; la idea de extender la soberanía de un Estado tiene que ser sustituida por la de abrir nuevos mercados ó establecer industrias no explotadas y abandonando idealismos más ó menos platónicos, los pueblos con un verdadero sentido utilitario preferirán la colonización á la conquista. Por establecer un ejemplo palmario véase lo que hacen los ingleses con España.

En cuanto á las revoluciones será un poco más difícil hacer arraigar la convicción que en vez de purificar la atmósfera remueven el cieno de las bajas pasiones, que en lugar de producir buenos ciudadanos hacen que éstos busquen la tranquilidad de sus hogares y que el escepticismo político se apodere de las conciencias. Además, hay que reconocer que las revoluciones son resultado de una mala organización social; pues ó la autoridad no tendrá las atribuciones que necesita ó el pueblo lamentará su falta de libertad para vivir y progresar. El equilibrio de estos dos principios lo encontramos en algunas instituciones de la Confederación catalana-aragonesa y por esto á pesar de las grandes imperfecciones de la época notamos que los ciudadanos tienen grandes virtudes cívicas y entereza de carácter, los monarcas son de espíritu popular y todos se distinguen por un gran respeto á las leyes establecidas.

Dejando por sentado el principio democrático, hay que establecer en cada país una organización inspirada en la realidad social y que deje libre al individuo el desenvolvimiento de su acción según las inspiraciones de su deber y entonces jamás se entregará al torbellino revolucionario por desconfiar de otros procedimientos. No exagerando la idea de patria queda ésta reducida al conjunto de lo que forman nuestras relaciones sociales y dentro de ellas debe moverse el ciudadano que tenga sentido práctico y no esté deslumbrado por ideales más ó menos ilusorios; las necesidades sociales deberían estar protegidas por un régimen corporativo y el municipio revestido de las facultades políticas necesarias podría armonizar todos los intereses sin desprenderse de la administración local en lo que debería tener más amplias atri-

buciones. La acción del ciudadano gradualmente iría extendiéndose por la comarca y la región entidades políticas que servirían para completarse, hasta llegar al estado el que debiera cuidar de proteger la vida de los demás organismos políticos y resolver las cuestiones que entorpecieran su marcha progresiva. No hay duda que la base de la prosperidad de un pueblo ha de buscarse en una buena educación de los individuos y que es preciso pues dar á éstos conciencia de sus deberes, hacerles adquirir una voluntad firme para cumplirlos y enseñarles á no perder el tiempo en divagaciones sinó á ser prácticos en su obrar, ennobleciendo á su patria en las ciencias, las artes é industrias, moralizando las costumbres y defendiendo la religión principalmente con el ejemplo. Pero los gobernadores ó legisladores deben profesar un gran respeto á la tradición y ser hijos de la realidad procurando que su obra sea reflejo de la conciencia popular y de la naturaleza.

Hoy día por desgracia hay que reconocer en nuestra sociedad resabios de salvajismo. Las naciones aún alimentan tendencias imperialistas, los gobiernos parecen que miran al país como patrimonio suyo, los ciudadanos con el nombre de patria devastan en su imaginación un ídolo que les hace aborrecer á los demás pueblos en lugar de ver en ella el emblema de su sociedad unida fraternalmente con los demás y finalmente, las virtudes cívicas sólo se les hace servir para alimentar apasionamientos, encender odios y formular quiméricas teorías sin ver que toda virtud social ha de ser esencialmente práctica y tener su raíz en la caridad católica, y esta virtud es de paz y concordia como hija de Aquel que en la cima del Gólgota derramó su sangre para redimir el linaje humano.

GAMA.

LA PLUMA DE SANTA TERESA

No tuvo paciencia Juanito de esperar la velada, hora de los cuentos y narraciones, para preguntar á su madre algo que le había chocado y avivado su despierta imaginación.

Había llegado del templo acompañado de sus hermanas y abuela y mientras estuvieron en él no dejó ni un momento de mirar con notorio interés la preciosa imagen de

Santa Teresa de Jesús, rodeada de luces y de flores, tapizada la capilla con ricos damascos, cubierta el ara santa de valiosos ornamentos. Ni la esplendidez de iluminación, ni la belleza de las flores, ni la magnificencia del presbiterio le habían impresionado tanto como aquella Santa vestida con toscos y humildes hábitos, que le inspiraban un creciente interés y más que ellos y la angélica cara de la Virgen española, la pluma blanca sostenida por su mano derecha y la alba paloma que parecía deslizar en los oídos de Teresa armoniosos arrullos y delicados alientos, pues así se desprendía de la satisfacción dibujada en el rostro de la imagen.

¿Por qué será esto? pensaba nuestro niño con un afán grande de saber lo que tanto le preocupaba y que rayaba en curiosidad, hermana del saber pero distinta de éste, puesto que el deseo de adquirir nuevos conocimientos es muy laudable mientras que la curiosidad sin fin de ciencia es pecaminosa, y sin apartar de su mente la idea que le preocupaba llegó á su casa y apenas tuvo tiempo de dejar el sombrero, cuando buscando á su madre y llenándola de besos, la interrogó sobre su preocupación.

Era D.^a Teresa, madre de Juanito, una señora de cuerpo entero, como vulgarmente se dice, una mujer perfecta de virtudes y talento, educada con la escrupulosidad más exquisita, gobernadora de su casa que dirigía con un acierto poco común, atendiéndolo todo con un tacto delicado, verdadero don de Dios, y al cual se unía una instrucción nada vulgar, que la mujer no debe descuidar el cultivo de la inteligencia al mismo tiempo que la educación del corazón, pues inteligencia y sentimiento dirigidos por una buena voluntad son los mejores medios para ser buena esposa y excelente madre.

Chocó á la madre la pregunta del hijo y usurpando en aquel momento la misión de la abuelita, encargada de las narraciones, sentó á Juanito sobre las rodillas, y deslizando sus manos por los blondos rizos de aquél, y fijando la vista en los azulados ojos del niño que denotaban una atención grande y pedían la explicación solicitada, empezó ésta.

—Fué Santa Teresa de Jesús, dijo, una Santa española y una española Santa que herida del amor Divino solazó-

se en él y lo transmitió á sus semejantes. Teresa de Jesús, porque Jesús era de Teresa, logró tan íntimo maridaje con el Hijo de Dios, que tuvo la suerte de oír del Señor las palabras más amorosas de *Ya eres mía y yo soy tuyo* (1) y queriendo ser completamente de El abrasóse en el amor santo y por él suspiró toda su vida y en él encontró consuelo á sus pesares, alivio á sus penas, alegría en su clausura, ventura en sus congojas, perfección en sus obras.

Arrebatada en continuos éxtasis uníase su alma al Ser Divino, quedando absorta todas sus potencias en la contemplación y visión del Creador, que sostenía con su amada dulces coloquios, queriéndola tanto que no se desdeñaba en decirle: *Ya sabes el desposorio que hay entre tí y Mí, y habiendo esto, lo que Yo tengo es tuyo* (2) y solazándose Dios en la perfección de Teresa y en los dones de su alma también la decía: *Ya sabes que te hablo algunas veces; no dejes de escribirlo, porque aunque á tí no aproveche, podrá aprovechar á otros* (3).

Y hé aquí, hijo mío, el motivo por el cual nos habla Santa Teresa de los tiernos diálogos que sostenía con el Niño Jesús, de los arrobamientos de su espíritu para contemplar la mansión celeste, de los beneficios alcanzados, de las mercedes recibidas. Encendido su espíritu en el amor de Dios por su Dios, suspiraba y á su Dios dirigía todos sus actos y poseyendo una sin igual galanura en el arte de escribir compuso joyas preciosas de nuestra literatura, flores místicas recogidas en el vergel de la piedad, obras admirables, «dejando vislumbrar las caricias que Dios prodiga á los que se dedican á su amor,» y recorriendo «una punta del velo misterioso que acá en la tierra nos oculta al cielo» y comunicando aliento «aún á las almas tibias en religión, para esforzarse á entrar en los caminos que conducen á Dios» (4).

—Pero ¿y la pluma y la paloma, mamá? hizo decir al niño la impaciencia de su espíritu.

—La pluma y la paloma son precisamente consecuencia de lo que te llevo dicho. La Iglesia simboliza con la paloma blanca la inspiración divina que siempre tuvo Santa Teresa de Jesús, percibiendo su espíritu las celestiales

(1) Vida de Santa Teresa. B.^a Rivadeneyra, tomo LIII, pág. 123.

(2) Libro de las relaciones. Relación IX.

(3) Idem. Relación IX.

(4) D. Vicente de la Fuente.

harmonías de la Verdad, Bondad y Belleza sumas, apropiándoselas completamente para traducirlas en escritos de una majestad y hermosura que oliscaba á cielo, aromatizados con gran sencillez en el lenguaje y candorosa y natural expresión.

—La paloma ya me lo explico, replicó Juanito, pero ¿y la pluma?

—La pluma de Santa Teresa que escribió las divinas inspiraciones dió á la Santa el dictado de Seráfica Doctora y Doctora de las Españas. Con la *paloma* sola hubiera sido una Santa, con la *pluma* una escritora, pero al recoger con ésta las insinuaciones de aquélla fué *Santa y sabia*, que para saber es preciso elevar el alma á Dios y no apartarse de El. La Ciencia sin piedad no es Ciencia.

El rostro de Juanito, risueño y sonriente, manifestaba la complacencia de su razón con las explicaciones de doña Teresa, quien con la sagacidad de madre, leyó en los ojos de su hijo cuánto en su interior pasaba, y queriendo coronar la sencilla apología que había hecho de su Patrona con algún consejo, antes de despedir á su hijo con dos cariñosos besos le dijo:

—Admira á Santa Teresa de Jesús y siguela siempre. Cuando mayorcito frecuentes las aulas universitarias y cambies tus juguetes por libros, ten presente que de Dios emana toda sabiduría, y de su seno debes tomar la que quieras, para que sea provechosa. Ciencia y Piedad, tal ha de ser tu lema, la guía de tus actos, lo que difundas con tus obras.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.

SANT JOSEPH DE CALASANZ

L' Angel caygut, un jorn, desmoronava
l' aurífich Temple del Amor Diví:
¡quánts de fidels fugian temorosos
d' aquell Racés Sagrat de Paradís!

La Verge Celestial, ab ulls de pena
guaytava l' esvahida de sos fills...
y veyá son Casal que s' enrunava...
y ¡ mon enter corria gran perill...

—«No temis, no, (digué 'l Bon Deu) María,
que un fort puntal en Calasanz he vist;

Joseph se diu, y aquet sol nom, aterra
á tot lo vil imperi malehit.»—

Saprés, alçant sa destra poderosa
damunt del front del gran Apóstol, diu:
—«Ves, mon Amat, y arramba fort l' espatlla
sota mon Casal... y aguántat ferm allí.»—

Y 'l Sant cregué fidel; y des llavoras
l' augusta Esglesia no ha sofert perill;
ni 'n sufrirá may més, pesi á qui pesi,
mentres de Calasanz ne quedí un fill!

RAMÓN MASIFERN.

LA CIENCIA ATEA

En el jardín de la ciencia
brotó una planta maldita,
con raíces de soberbia
y con frutos de perfidia.
Crece de sí misma ufana,
pero es tan débil su asiento,
que la brisa más liviana
puede tumbarla al momento.
Sin embargo sus raíces,
aunque débiles son tantas,
que nuevamente revive
cada vez que se la mata.
De este modo su presencia
es constante en el jardín
pues su larga descendencia
nunca llega á tener fin.
Es fecunda, como suele
ser fecunda la mentira,
y su aroma que trasciende
emponzoña á quien lo aspira.
Jamás pararon su vuelo
por verla lasavecillas.
Vive olvidada del cielo,
y sus pesadas semillas,
solamente las arrastra
la brisa de la impiedad:
por eso crece la planta
donde reina Satanás.
Y se desliza su vida
mostrándose en cada instante,

tan débil como atrevida:
tan falsa como arrogante,
«No existe Dios» lleva impreso
la planta en todas sus hojas,
y se encarama hasta el cielo
para ocultarnos su gloria;
pero la gloria divina
ni tiembla, ni palidece,
cuando más se la abomina,
más deslumbradora crece;
y aunque pese á su cinismo
sentirá siempre la planta,
los rayos del Sol de Aquino
que la secan y la abrasan.
Sabed pues, cultivadores
de su simiente maldita,
que los divinos ardores
la tendrán siempre marchita,
No os afanéis en cuidarla.
Es inútil vuestro empeño:
vivirá siempre tan flaca
como flaco es vuestro pecho.
Nació de bajas pasiones,
y ha de ser siempre rastrera.
Vuestras torpes intenciones
la hicieron de tal manera
que jamás vuestros afanes
podrán torcer su destino.
Nunca se vió que lo grande
naciéra de lo mezquino.

PABLO SÁENZ.

Bibliografía

El Talismán del Escritorio, por D. LUIS JORDÁ Y BITCHETO.—Esta obra en extremo curiosa, llamó desde luego nuestra atención y decidimos estudiarla detenidamente. No nos presenta horizontes nuevos, sino que por el contrario, limita y restringe los que se ofrecen á quien quiera haya dado un vistazo al Algebra elemental, pero á pesar de todo, tiene tal sello de novedad, que atrae al lector obligándole á admirar el gran trabajo que en sus páginas se ha condensado.

Una variada colección de tablas para resolver los distintos problemas que con más frecuencia suelen presentarse en un escritorio de comercio forman el núcleo del libro, cuyas diversas partes tienen enlazadas y explicadas por una larga serie de ejemplos. Al primer examen de la obra, (examen ligero, por de contado) ocurre elogiarla sin reservas por curiosa y útil, pero al hacer un verdadero estudio de la misma, varía un tanto esta disposición del ánimo. El autor quiere convertir al calculista-aritmético en un autómatas, quiere reducir su trabajo á una labor puramente mecánica, y esto en nuestro concepto no es un adelanto sino un retroceso. Menos mal si el autor hubiese indicado los fundamentos de sus métodos y de sus tablas, pero ha omitido esa indicación y ciertamente, con ello no gana en autoridad su trabajo. Ahí está por ejemplo la parte de la obra que se refiere al interés simple: todo ello es verdadero; el método del promedio es sencillo, bonito y matemáticamente exacto, pero ¿cómo se lo arreglará el lector para determinar ese promedio en algún caso no previsto en la obra? Es muy natural que en el trabajo del señor Jordá no se prevean *todos* los casos, porque esto es simplemente imposible: pero si hubiese indicado que podían obtenerse estos promedios como resultado de la suma de los términos de varias progresiones aritméticas, el lector estaría al cabo de la calle y podría resolver por sí mismo los problemas que se le presentaran en un momento determinado.

Por lo que toca á las cuestiones relacionadas con el interés compuesto, límitase el autor á presentar sus tablas, sin que medie en este caso un procedimiento tan sencillo y elegante como es el del *promedio*. Necesariamente hay que tomar estas tablas á beneficio de inventario, suponiendo que no se ha padecido error alguno en su cálculo. Los que con frecuen-

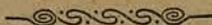
cia deban resolver problemas de esta índole podrán apreciar prácticamente el valor de esta parte de la obra, pero nosotros sin desconocer, ni mucho menos, la elegancia de las tablas, no podemos menos de recordar que las tablas de logaritmos nos resuelven también estos problemas con extraordinaria rapidez y exactitud. Trabajo penosísimo hubiera sido comprobar las tablas del autor referentes á esta sección, y por lo tanto no hemos acometido tal tarea: nos hemos limitado á determinar los factores correspondientes á algunos casos concretos y confesamos que, con ligeras variantes, coincidían los de las tablas con los que nosotros hemos obtenido. Pudiera ser que el método por nosotros empleado coincidiese con el del autor, pero ante la reserva de éste y la imposibilidad material de comprobar *todos* los valores de sus tablas referentes al interés compuesto, debemos manifestar nuestro recelo y prescindir de ahondar más en el asunto.

Otros problemas se resuelven respecto los cuales no podemos menos de señalar nuestra desconformidad: sirva de ejemplo el señalado con el número 41. *¿Cuánto valdrán 270 metros de tela de Holanda á 3 pesetas metro?* Por más que se nos lo asegure, nos resistimos á admitir que la resolución natural del problema 270×3 sea más complicada que la que propone el autor, á saber: tómese el $\frac{1}{5}$ de 270, tómese luego el $\frac{1}{10}$, súmense ambas cantidades y añádase un cero. Lo que hay es que el autor, quizás sobradamente encariñado con sus tablas y procedimientos, ha querido aplicarlos en todos los casos y bajo la misma forma.

Estas son las principales consideraciones que nos ha sugerido la lectura de *El Talismán del Escritorio*, y las manifestamos con entera franqueza y lealtad. Ello no quita que de buena gana reconozcamos el ímprobo trabajo que se ha impuesto su autor y que puede ser de verdadera utilidad en muchos casos.

G.

Barcelona, Noviembre 1901.



Revista de la Quincena

EL DEBATE SOBRE LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS.—LA ANARQUÍA Y LOS OBREROS CRISTIANOS

—¿Qué le ha parecido á V. la discusión parlamentaria sobre las corporaciones religiosas?

—Lo que desde un principio presumí. Una derrota de los políticos sectarios, completamente estéril para los católicos.

—¡Hombre!

—Me explicaré. Desde el marqués del Vadillo hasta el obispo de Oviedo y los demás preladados que en el debate intervinieron, demostraron hasta la saciedad que no puede ser aplicada la ley general de asociaciones ni á una sola corporación de la Iglesia, porque todas ellas por su misma índole, caen bajo la jurisdicción del Concordato. Hé aquí el éxito.

Por otra parte, ni uno sólo de los adversarios, desde D. Melquades Alvarez hasta el ministro de la Gobernación—éste menos que nadie—ha podido contestar cumplidamente á la seria argumentación de los católicos. Hé aquí la derrota.

—¡Y bien!

—Voy allá. Como quiera que el Gobierno, por el número de sectarios que de él forman parte y por los compromisos en virtud de los cuales vino al poder, permite suponer que hará el mismo caso de los razonamientos fundados que de las coplas de Calainos (y si no, aquí están las contestaciones de los ministros de la Gobernación y de Instrucción pública), resulta que los católicos han obtenido un triunfo, cierto, y nuestros adversarios una derrota, también; pero este triunfo y esa derrota son puramente parlamentarios, lo cual quiere decir que resultan nulos, pues años há que el Parlamento cuando no estorba no sirve para nada.

—Comprendo.

—En otros tiempos podía haber—y claro es que los había—malos Gobiernos; pero al menos cuando sufrían un descalabro en las Cortes, retirábanse sin remedio, y si por razón de circunstancias excepcionales no convenía que cayese el Gabinete en pleno, se prescindía siquiera del ministro más directamente combatido. Ahora no sucede así; ahora sólo dimiten los consejeros, por cuestiones personales. Se les abochorna en el Parlamento, y se quedan tan frescos. Se les niega un acta ó una credencial para cualquier yerno, y pasan desde el banco azul á los de oposición. Por eso, si

los diputados católicos y los obispos no encuentran otro camino más expedito, veo difícil que alcancen la deseada meta.

—Conformes; pero no me negará V. que la campaña religiosa iniciada por el marqués del Vadillo en el Congreso y por el Obispo de Oviedo en el Senado era de todo punto necesaria siquiera para dar satisfacción á las aspiraciones de los católicos y protestar contra una política sectaria.

—¡Ya lo creol Y hasta para demostrar que no nos resignamos á la esclavitud sin antes haber intentado el heroísmo.

—No obstante, observe V. que en la letra del Concordato encuentran los sectarios un argumento en que atrincherarse, y que á pesar de todos los razonamientos en contra, produce inevitable efecto á los ojos del vulgo. Si todos los institutos religiosos han de disfrutar los fueros del Concordato, ¿por qué éste sólo hace mención de tres de ellos? Ya sé que requiere cierta dosis de mala intención interpretar una ley literalmente cuando con claridad se vislumbra el espíritu del legislador; que si el Concordato sólo concreta tres corporaciones, es porque eran las únicas con que al otorgarse aquél se contaba en España, y que la misma legislación concordada deja abierta la puerta para que tengan fácil acceso otras corporaciones análogas. Pero es imposible desconocer, como he dicho antes, que el texto del Concordato adolece de alguna omisión que insidiosamente aprovechada, sirve para extraviar el criterio de la multitud.

—Bien dice V. que es el vulgo y sólo el vulgo, ó sea la masa ignorante, puesta á merced de explotadores sin conciencia, la que puede sufrir extravío en cuestión tan debatida por las pasiones, tan clara para los criterios medianamente ilustrados. V. mismo, al lamentar dicho extravío, ha expuesto razones muy convincentes en contra del sofisma sectario. A ellas hay que añadir que nadie menos autorizado que un ministro de la Corona y en general los políticos gubernamentales para negar los fueros del Concordato á los institutos religiosos que no menciona éste de un modo expreso, porque la instalación de todos ellos en España ha sido sancionada por reales disposiciones, á propuesta de los Gobiernos, y claro es que si las constituciones de los mismos pugnan con la ley general de asociaciones, al admitirseles se les declara *ipso facto* exceptuados de dicha ley para pasar á la jurisdicción del Concordato.

Esto aparte de que constituyendo las corporaciones religiosas otras tantas ramas de la Iglesia Católica, es forzoso reconocer que sólo á la Santa Sede corresponde la alta inspección del régimen y desenvolvimiento de aquéllas.

—Cabal; y esos son los razonamientos que han hecho prevale-

cer en las Cortes los representantes de los católicos, cuyos discursos pueden ilustrar á la multitud.

—La multitud no alcanza á la altura de ciertos argumentos. No está suficientemente ilustrada para ello, y sólo se paga de aparatosidades teatrales y efectos de relumbrón.

—Pues ahí está la prensa para poner á su alcance y hacerles asequibles las más trascendentales verdades.

—¡La prensa! ¡Bonita está la prensa! Como que en general los periódicos de mayor circulación, los más populares, simpatizan con los sectarios y son los principales causantes de los trastornos que lamentamos.

—Porque queremos los católicos, porque constituyendo la inmensa mayoría del país dejamos abandonados los periódicos ortodoxos que debieran representar nuestra enseña y que serían tanto más fuertes cuanto más les protegieramos.—Ya sabemos lo que han de decir—exclaman muchos,—y ni se toman la molestia de abrirlos; y en fuerza de tanto saber, llegan á ignorarlo todo el día en que se suscita alguna cuestión de importancia para nuestra causa.

—Resulta, pues, según V.—y yo no me hallo muy lejos de pensar lo mismo,—que la campaña de los católicos en el Parlamento, bien que brillante, habrá de resultar estéril por achaques del Gobierno; que el vulgo se deja fácilmente extraviar por los sectarios; y que no podemos fiar gran cosa de la prensa. Pues bien: ¿sabe V. lo que le digo?

—No lo sabré hasta que me lo habrá dicho.

—Si yo fuera senador ó diputado católico; es decir, si además de católico fuera diputado ó senador, sin más rodeos, circunloquios, ni razonamientos, y atento á evitar confusiones, pediría desde luego que se consignase en la ley concordada el reconocimiento explícito de todas las corporaciones religiosas aprobadas por la Santa Sede. ¿No han puesto sobre el tapete la reforma del Concordato? Pues yo les propondría ese buen pie de reforma y *Inus Deo*.

—En el estado en que se hallan las negociaciones con la Santa Sede, tal vez no fuera la proposición de V. la más oportuna dentro del Parlamento. Reconozco, sin embargo, la necesidad de llevarla á la práctica; pero, por ahora, el único que puede hacer algo eficaz en este sentido, es nuestro embajador cerca del Vaticano.

—¿Cree V. que el Gobierno le dejará?

—D. Alejandro Pidal pesa mucho en política y, hoy por hoy, es el único que puede imponerse al Gobierno.

—¿Le considera V. capaz de hacerlo?

—No sé; deseos no le han de faltar; es y ha sido siempre un excelente católico; es fama que la Corte pontificia le tiene en mucho; y todo el mundo sabe que si accedió á continuar de embajador bajo el gobierno de un partido que no es el suyo, fué sólo por no entregar á los sectarios un cargo que en los momentos actuales envuelve una misión de gran importancia para la Iglesia en España. Pero D. Alejandro empieza á ser viejo, y bien que no tenga achaques en el cuerpo, lleva muchos desengaños en el espíritu, y me temo que irritado por los trabajos de zapa del Gobierno, se vuelva á España después de mandarlo todo á rodar, ó tire tanto de la hipótesis que se rompa la cuerda y venga á caer envuelto, contra su voluntad, en la tesis de los sectarios. Sea lo que fuere, en él tenemos fija nuestra mirada los católicos españoles.

—Cumplamos todos con nuestro deber y lo que fuere sonará.

—Dios sobre todo.

*
**

Durante unos días ha estado Barcelona convertida en una especie de campo de Agramante, donde toda manifestación anárquica ha tenido su holgado asiento.

Con motivo de la lucha electoral los libertarios y los habituales clientes de cárceles y presidios han campado por sus respetos, capitaneados por alguien completamente ajeno á esta noble tierra, y que no se sabe de donde viene ni á donde va, aunque seguramente se encamina á su negocio.

Si se tratara solamente de una lucha política, nada tendríamos que comentar aquí, donde no existe talenque para los partidos; pero se trata de algo más, se trata de la violación de los principios que son la norma de la sociedad cristiana, y ante el atestado producido por la demagogia, no deben permanecer silenciosos los hombres que velan por el bien de la sociedad.

Ha habido lucha armada por las calles; se ha atentado contra la vida del prójimo á la luz del día y, pisoteada la moral, en la prensa han aparecido escritos infamantes insultando y calumniando al adversario sin consideración alguna, sin asomos de urbanidad.

Si la base del orden consiste en la caridad y la justicia, y la caridad obliga á amar al prójimo como á sí mismo y la justicia á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, convengamos en que ambas virtudes han sido pisoteadas y escarnecidas, pues al prójimo le ha perseguido á tiros y se ha prescindido de la ley de Dios y de la autoridad del César.

El nombre de Barcelona, por tantos títulos digno de estimación, ha sido puesto en la picota por unos cuantos aventureros sin conciencia, á quienes, según de público se dice, dieron beligerancia los

que sin duda han olvidado que todo poder viene de Dios, y que por ende no debe ejercerse con armas de mala ley.

Consolémonos volviendo la vista algunos días atrás, ante el grandioso espectáculo que ofrecían miles de obreros aplaudiendo y aclamando á nuestro venerable Prelado. El efecto es indescriptible de puro grandioso. Tantos miles de hombres reunidos en la inmensa sala del Patronato del Obrero, pertenecientes al brazo popular, á la honrada clase jornalera, sin que ocurriera el más ligero desmán, sin que se oyera una blasfemia y en amigable compañía con los patronos, es cosa que parece increíble en nuestra accidentada época.

No lo es, no. Todavía los buenos son mucho más numerosos que los malos, y los que otra cosa aseguran de la masa obrera, la insultan, tal vez inconscientemente; que no son más los que más chillan, aunque lo parezcan por ser los únicos que meten ruido.

El cardenal Casañas dirigió á los fieles obreros su autorizada voz que familiarmente les dijo cosas muy sabias y santas que ellos comprendieron perfectamente y se las agradecieron con aplausos y vivas. Fué tal su compostura y su compenetración con las enseñanzas que brotaban de labios del príncipe de la Iglesia, que fácilmente hubiera podido tomárseles por hombres de ilustración nada vulgar. Y sin embargo, no son ilustrados en el sentido que solemos dar á esta palabra; pero conocen el mejor libro que se ofrece al cristiano, el Catecismo, y el Prelado les hablaba el lenguaje de Cristo. Por esto le entendieron perfectamente. El pastor y las ovejas formaban un solo redil.

Los que con notoria ligereza juzgan del pueblo barcelonés por las tropelías que han realizado unos cuantos libertarios dirigidos por algún aventurero, vuelvan de su error al contemplar á miles de obreros agrupados en torno al representante de Cristo como descansando á las rudas faenas de la semana.

A un lado la impotencia del renegado, retrotrayéndonos á los matones de la Edad Media, que cobraban sus fechorías. A otro lado el poder fecundante del trabajo aceptado como ley divina y bendecido por la Iglesia. Y de éste se nutre y vive nuestro pueblo.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

